

LA DEMOCRACIA DEL CIRCULO DE LOS JOVENES SIN FE

EL aparato felipista se esfuerza por restar importancia al tremendo artículo de Justo de la Cueva en "Diario 16". El aparato arguye que Justo de la Cueva es un inestable ideológico, pues antes de ser socialista fue falangista; y antes de ser del PSOE renovado estuvo en el histórico. A esta pobre coartada podría responder Justo de la Cueva aduciendo el pasado falangista de varios de los más destacados dirigentes del socialismo. No creo que la diferencia esté en esa biografía de transmigración ideológica, bastante frecuente, sobre todo ahora, sino en cómo ha sido vivida.

Señalaba un antiguo tratadista que existen tres grandes grupos de tipología política: los que sienten la política como una mera pasión erótica: los que suponen que están llamados a resolver los problemas de la colectividad y los suyos propios desde el Gobierno; y los iluminados. Advertía luego que a los primeros se les compra con dinero y a los segundos con cargos; pero que a los terceros hay que matarlos. Para entender el artículo de Justo de la Cueva creo que debe admitirse esta diferencia: Felipe González pertenece al círculo de los jóvenes sin fe que dominan los dos partidos mayoritarios. Justo de la Cueva, al igual que Alfonso Guerra, en cuya defensa sale, son insertables en el grupo de aquéllos que poseen una dimensión mesiánica de la política.

Felipe González no es una casualidad política. Es un producto político tan calculado, tan adecuado y tan conveniente al Círculo Económico Superior, como el propio señor Suárez. Quiere decirse que Felipe González, de igual manera a los jóvenes sin fe de los distintos partidos formales, posee una singular capacidad de adaptación a la circunstancia, que diría Ortega; o a los signos de los tiempos, que diría Pablo VI. Sabe además Felipe González que si el señor Suárez es frágil como una pavesa si le extraen de la Moncloa, él lo es otro tanto desde el instante mismo en que Venezuela, México y Alemania le retiren la subvención. Por eso se esfuerza en presentar el rostro socialdemócrata que le exige Willy Brandt, demasiado en precario también como para permitir veleidades. Por eso ha olvidado con natural prudencia los puños en alto y las proclamaciones republicanas de los primeros tiempos. Pero Guerra y De la Cueva, son otra cosa.

Guerra y De la Cueva creen mesiánicamente en la raíz marxista pura de la ideología socialista. Ambos, por consiguiente, no pueden ser monárquicos. Tampoco están dispuestos a simularlo. Ni tan siquiera admiten la tesis del engaño táctico. Ellos son lo que son, y lo gritan por todas las esquinas. El grave problema para Felipe González y para el señor Suárez reside en la evidencia estadística de que el noventa por ciento de la juventud socialista piensa como Guerra y De la Cueva, así como no menos del sesenta por ciento de los militantes. Ello significa que no puede contarse con el socialismo como opción democrática de sostenimiento de la Monarquía. La confirmación es de importancia decisiva, pues el equipo del señor Suárez había montado sobre esta presunción el aparato dialéctico de la democratización.

Tiene razón Justo de la Cueva: el socialismo español es republicano. Pero del artículo se extrae una conclusión aún más radical y acorde con la tradición: el socialismo español continúa siendo visceralmente antimonárquico. El dato posee un alcance político insospechado y pone de manifiesto la naturaleza suicida de la política que lleva adelante el señor Suárez. El Gobierno de la Nación catalana, que dicen los catalanistas, o Gobierno de la Generalitat, que dicen los cursis del aparato gubernamental, será de mayoría marxista. Y bajo la autoritaria imposición marxista de los asesinos amnistiados estará el Gobierno de Euzkadi, que dicen los etarras, o Gobierno del País Vasco, que dicen los negociadores gubernamentales de la desmembración. Además, el PCE, que no necesita pronunciarse republicano, pues para eso tiene en permanente danza antimonárquica a todas sus organizaciones paralelas, pondrá contra la tapia al señor Suárez en el momento mismo en que, todo sumado, el Frente Popular sea una realidad mayoritaria a cualquier nivel.

El señor Suárez, nacido para trajinante y equivocado por una pirueta del Destino a la presidencia de un sistema lógicamente amórfico, ha demostrado poseer una supina ignorancia de la Historia. Sólo así se explica que crea haberse asegurado los votos de la minoría vascocatalana, a cambio de conceder alegremente todo aquello que conviene al marxismo con disfraz separatista. El restablecimiento de la Generalidad y el ya inevitable de Euzkadi, configuran dos reinstauraciones republicanas en un contexto monárquico. Ello da la razón a Guerra y a las acusaciones que Justo de la Cueva hace a Felipe González. Tarradellas y Leizaola aceptarán consumir su revancha, a cambio de la condición intrascendente de pasar una vez bajo el pórtico real. Pero no renuncian a la herencia que recibieron de la República, ampliaron con el Frente Popular y reclaman los partidos de los que habrán de depender.

No sé hasta qué punto parecidas reflexiones pueden haber influido en el retraso de la publicación del decreto-ley de restablecimiento de la Generalidad republicana. El asesor-mediador del presidente del Gobierno, ha dado una explicación pintoresca: el retraso se debe a que se quiere hacer coincidir la publicación en el BOE con la visita que el presidente Tarradellas realizará a Madrid. Pero el BOE, al fin, publica hoy la confirmación del desafuero.

El gobierno de UCD nos tiene acostumbrados a sucesos sorprendentes e inequívocamente revolucionarios, como el olvido legislativo del rango de las normas, a la hora de proceder a la liquidación del franquismo, solicitada por los partidos marxistas. Pero eso de convertir el Boletín Oficial del Estado en simple boletín de relaciones públicas y reducir los decretos-leyes de urgencia a oropel de jefe de protocolo, es cosa nunca vista. Habríamos de remitirnos a los emperadores de la decadencia de Roma para encontrar absurdos equiparables. La jocosa explicación del asesor presidencial sería suficiente para que un parlamento serio armase una función histórica.

Aunque duela a mi querido Jaime Campmany, la actitud extremosa de Blas Piñar responde a una realidad histórica irremediable. Volvemos al imperativo de la circunstancia. ¿Puede negarse a nadie el derecho a defender en la calle lo que no es defendido políticamente allí donde y por quienes se debiera? Es una meditación que propongo a los hombres de UCD, convertidos en tristes e impotentes papagayos del voto parlamentario. En mecánicos y despreciados asentidores a las increíbles procaçidades políticas del círculo de los jóvenes sin fe. Entre ellas, naturalmente, la amnistía. Sus votos humillados servirán para sancionar la vuelta de los criminales a la democracia. Les sugiero un tema de reflexión para estos días: "La impunidad como factor degenerativo de la democracia".